

Francesc Torralba

Un herido en el camino

Kafka frente al buen samaritano

Herder

Diseño de portada: Herder Editorial

© 2026, *Francesc Torralba*

© 2026, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5521-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: XXXXXXXXX

Depósito legal: B - XXXX - 2026

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. KAFKA, EL INCLASIFICABLE	13
2. EL GÉNERO PARABÓLICO	27
3. LAS PARÁBOLAS DE KAFKA	35
4. EXPRESAR LO INEXPRESABLE	39
5. <i>EL BUITRE</i> (1920)	47
6. EL BUEN SAMARITANO	51
7. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS	55
8. PASAR DE LARGO	65
9. FORMAS DE INDIFERENCIA	73
10. VELAR POR EL OTRO	79

11. LA MIRADA SÁDICA	85
12. EL SENTIMIENTO DE IMPOTENCIA	95
13. LA PRESENCIA DE LA CULPA	101
14. LA MANIFIESTA INCOMUNICACIÓN	111
15. EL BURÓCRATA MORAL	119
16. EL EJERCICIO DE LA COMPASIÓN	129
17. LA CONFIANZA BAJO SOSPECHA	141
18. LA ESENCIA DE LA BONDAD	147
19. ¿LA MUERTE COMO LIBERACIÓN?	153
20. LA ESPERANZA COMO MOTOR	161
 BIBLIOGRAFÍA	 173

PRÓLOGO

Vivimos encapsulados. El espacio público, eso que llamamos *ciudad*, se ha convertido en un *no* lugar hostil. Un ejército de ciudadanos adosados a todo tipo de dispositivos tecnológicos se mueve aceleradamente de un lugar a otro venciendo una gran cantidad de obstáculos.

El ritmo frenético de vida nos hace insensibles a los demás. La mirada se focaliza en las gestiones del día. No hay tiempo para nada. Cada momento cuenta. El otro se transforma en un obstáculo, en una resistencia. El yo está saturado de imágenes, de voces y de gritos.

La atención a lo propio nos hace indiferentes a lo ajeno y, en consecuencia, el virus de la indiferencia se propaga por doquier.

El foco está puesto en uno mismo. Hay que desempeñar un montón de tareas, alcanzar unos objetivos, rendir cuentas de lo hecho. El narcisismo compulsivo se ha convertido en una religión secular y el estoicismo, en su versión posmoderna, en el nuevo manual de supervivencia.

Y, sin embargo, hay vida más allá de las fronteras del yo. Los llamados indigentes urbanos están ahí; en

las estaciones de metro, en los bulevares, en las avenidas. Se ubican aquí y acullá. En Barcelona, en Madrid, en París y en Roma. No los vemos. O, mejor dicho, no los queremos ver, pero siguen estando ahí. No los escuchamos, pero nos convocan con sus miradas.

Pasar de largo se ha convertido en un gesto cotidiano. Ya no experimentamos culpa, menos aún remordimiento. Aun así, el otro extraño y vulnerable sigue ahí, incrustado en el paisaje urbano, formando parte del decorado del mundo. El ciudadano, colapsado de estímulos audiovisuales y pegado a su pantalla evita el contacto visual, el acercamiento.

El gran argumento que se dice a sí mismo para eximirse de actuar es conocido: no dispongo de tiempo. Se convence de su posición moral. Piensa en sus adentros: las administraciones públicas deben resolver este drama humano. Intenta persuadirse a sí mismo y justificar su indiferencia, pero aun así no lo consigue. La conciencia ética que late en su interioridad, como si de un despertador silente se tratara, lo impele a inclinarse, a romper su hermetismo solipsista y a responder a la llamada del otro, pero se queda petrificado. Hay que evitar el contacto, el roce con el otro.

El mundo que lo circunda está copado de objetos tecnológicos y de personas, pero algunas de ellas han sido cosificadas, han perdido la condición de persona. Entre la indiferencia y la deferencia existe un abismo, pero este abismo puede ser cruzado.

Franz Kafka, en sus relatos, anticipa como nadie el mundo que estamos habitando; un escenario enigmático donde la indiferencia se extiende como una

plaga. El escritor praguense expresa con crudeza las características de este marco inhóspito que habitamos diariamente y lo hace sin concesión alguna a la piedad. Ahí radica su grandeza.

Sus relatos poseen una profunda carga profética porque, por un lado, en ellos se anticipa el escenario que habitamos, pero, por otro, denuncia la inhumanidad de los actores que lo ocupan, la práctica de la cosificación y la mecanización de una sociedad donde los otros extraños y vulnerables se han convertido en entes invisibles.

El buitre se nutre de la parábola del buen samaritano, aunque el desarrollo de su hilo argumental está profundamente alterado por el genio de Praga. En esta monografía deseamos contrastar dos relatos, dos miradas, dos formas de estar en el mundo, de ejercer el oficio de ser persona. Nos referimos a la parábola de Lucas y a la de Kafka.

En ambos relatos se vierten dos mundos dialécticamente opuestos. El buen samaritano, arquetipo de la ética de la donación, se detiene frente al malherido, se inclina y lo cuida. Rompe con su rutina, con sus hábitos. Se desapega de su propósito y responde a la llamada del otro.

El transeúnte de Franz Kafka, como tendremos ocasión de explorar, se opone dialécticamente a la figura del buen samaritano. Encarna la praxis habitual del ciudadano común que fluye por las calles, por las avenidas y por los pasos subterráneos de nuestras ciudades ultramodernas.

La contraposición dialéctica de ambos relatos estimula nuestra inteligencia, pero también nuestro co-

razón. Constituye una ocasión para examinar nuestras prácticas habituales, nuestras rutinas e interacciones sociales.

Quizás en esto radique el valor que pueda albergar esta pequeña monografía. En ella se lleva a cabo la difícil práctica de la autocrítica. Decía Sócrates que la filosofía es, por definición, el examen de uno mismo. En efecto, las historias narradas son un buen pretexto para llevar a cabo este ejercicio.

Cuando uno lee detenidamente *El buitre* de Kafka a la luz del relato de Lucas experimenta un movimiento sísmico en su interior, una llamada que puede hacerlo transitar de la pétrea indiferencia a la inclinación ética.

1. KAFKA, EL INCLASIFICABLE

Escribir sobre Franz Kafka y sobre su obra constituye una verdadera temeridad. El océano bibliográfico que existe sobre el genio de Praga es ancho y profundo, de tal modo que quien pretenda abarcar mínimamente algo de lo dicho sobre él y su obra, fácilmente fracasará en su empeño.

Desde su muerte, en 1924, hasta el presente (más de un siglo) ha suscitado el interés de todo tipo de filósofos, artistas, poetas, autores, teólogos y ensayistas, hasta el punto de que la bibliografía crítica sobre el escritor de Praga no ha dejado de crecer de un modo exponencial.

Si alguien logra terminar de leer lo que atesora este magma de tesis, tesinas, monografías, artículos, apostillas, libros sesudos y todo tipo de materiales, constatará que, durante el tiempo que ha dedicado a ello, ha crecido de nuevo la bibliografía acotada al principio de la exploración, con lo cual, como el Sísifo de Albert Camus, deberá cargar, de nuevo, con la bibliografía a cuestas hasta lo más alto de la cima para ponerse al día.

Cuando se trata de Franz Kafka, el *status questionis* siempre está en un estado aproximativo. No pasa de

ser un esbozo preliminar. De ahí que cualquier cautela metodológica a la hora de abordarlo sea insuficiente y que se imponga la humildad como principio metodológico.

Es extremadamente difícil elaborar alguna interpretación novedosa, original y sugerente de sus textos. Si algún intrépido hermeneuta cae en la tentación de creérselo, verificará, al cabo de un tiempo, que su interpretación ya existe en alguna estantería perdida de alguna gran biblioteca del mundo.

No forma parte de nuestro propósito ser originales, menos aún aportar una interpretación creativa de los textos de Franz Kafka. Esta tarea está fuera de nuestro alcance y de nuestras posibilidades.

Santa Teresa de Jesús, en *Castillo interior del alma* da una clave decisiva para aproximarnos al pensamiento de Kafka: No hablar de nada que no se haya experimentado una o muchas veces.

Ahí está el punto de partida de este ensayo: nace de la experiencia, reiterada a lo largo del tiempo, de la lectura y la relectura de los textos de Franz Kafka, una aventura intelectual que empezó en plena juventud y que se ha sostenido ininterrumpidamente hasta la madurez.

Se pregunta Charles Moeller: «¿Qué tiene de extraño que Mounier diga: “No vamos a clasificar a Kafka, que es inclasificable”, y que se haya planteado la cuestión: “¿Hay que quemar a Kafka?”».¹

1. Ch. Moeller, *Literatura del siglo xx y cristianismo*, vol. III, Madrid, Gredos, 1962, p. 228.

Creemos que el padre del personalismo comunitarista acierta: Franz Kafka es inclasificable.

Milena, una de las mujeres fundamentales en la vida del escritor de Bohemia, dice de él: «Era tímido, medroso, dulce y bueno, pero los libros que escribió son crueles y dolorosos. Veía el mundo lleno de demonios invisibles que destrozan y exterminan al hombre desprotegido. Era demasiado clarividente, demasiado sabio para poder vivir, demasiado débil para luchar, débil como los seres bellos y nobles que son incapaces de trabar combate con su miedo a la falta de comprensión y de bondad, a la falacia intelectual, ya que saben por anticipado que están desvalidos y que, cuando caigan vencidos, avergonzarán al vencedor. Conocía a los hombres como solo puede conocerlos una persona de gran sensibilidad nerviosa, alguien que está solo y que, casi proféticamente, reconoce al otro en un solo centelleo de la mirada. Conocía el mundo de manera insólita y profunda, y él era también un mundo insólito y profundo».²

No se lo puede ubicar dentro de ningún sistema filosófico; tampoco se lo puede colocar en una corriente literaria ni en un movimiento estético. Cualquier tentativa es, por definición, un reduccionismo, una simplificación, una opción que ignora la complejidad inherente a su obra.

No se lo ubica en la historia de la filosofía contemporánea porque no construye un sistema filosófico

2. F. Kafka, *Cartas a Milena*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, pp. 369-370.

ni tiene pretensiones de hacerlo. Sin embargo, su obra, de carácter narrativo, posee un trasfondo filosófico que lo une subterráneamente a la muerte de Dios de Friedrich Nietzsche, al existencialismo ateo y al teatro del absurdo del siglo xx.

Elabora una literatura de ideas. Se lo podría caracterizar como un novelista-filósofo o como un filósofo-novelistas, pues expresa sus ideas sobre el mundo y sobre la condición humana a través de argumentos narrativos y de personajes que nacen de su imaginación.

«Las novelas de Kafka —escribe Charles Moeller— no se resuelven nunca. Dejan al lector ante ese mundo cercano y, al mismo tiempo, inaccesible, de que habla Marthe Robert en su introducción al *Diario*; pues, como Rilke, Kafka también experimenta el mundo, desde su infancia, como una amenaza mortal».³

Y lo más significativo es que esta visión del mundo entendido como una amenaza mortal es compartida por miles de lectores que, al leer sus cuentos y parábolas, experimentan el efecto espejo. Se reconocen en su obra.

El mundo que hila con sus imágenes y metáforas es extraño, pero, a su vez, próximo. Resulta incómodo, árido e inhóspito, pero reproduce, de una manera diáfana, la cotidianidad de miles de ciudadanos.

El escritor praguense percibe el mundo como un cuerpo extraño, como un hueso imposible de roer desde la racionalidad, pero, a su vez, como el hábitat donde estamos fatalmente ubicados y del que no po-

3. Ch. Moeller, *Literatura del siglo xx y cristianismo*, op. cit., p. 241.

demos escapar. Toma distancia de este ecosistema que llamamos *mundo* y lo examina como un insecto en un laboratorio.

«Todo lector de Kafka —afirma Charles Moeller— se ha preguntado alguna vez si la obra de este escritor no expresa, de una manera glacial, la absoluta absurdidad *de todo* con una especie de lucidez casi demoníaca».⁴

De ahí el doble movimiento que activa la lectura de Franz Kafka: atracción y repulsión. Por un lado, atrae porque las situaciones que describe se asemejan a lo que vivimos en los entornos laborales, administrativos, también en la esfera de las relaciones afectivas y familiares. Pero, por otro, genera repulsión porque el mundo que presenta, tan caótico, tan burocrático, tan solitario y absurdo no es el mundo que deseamos ni el que anhelamos. Y, por ello, nos desagrade profundamente.

«Kafka —escribe el teólogo belga— revela asimismo el “extrañamiento” ontológico y la angustia del ser que se siente “arrojado” a un universo que no lo esperaba».⁵

Los personajes que forja desde su imaginación experimentan la angustia de existir. Encarnan el sentimiento de vértigo que describe Søren Kierkegaard en *El concepto de la angustia* (1844), libro que el escritor de Praga había leído y subrayado en su versión alemana. Sus personajes se sienten arrojados al mundo (*jeté au monde*), en el sentido que Jean-Paul Sartre da a esta expresión.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*